

Alberto Rojas Jiménez

Poeta Viajero y Bohemio

por Pedro Pablo Guerrero

Autor de fina sensibilidad, el poeta nacido en 1900 participó activamente en la renovación artística de los años veinte, aportando un puñado de versos y crónicas, reunidos por primera vez en una edición que preparó Oreste Plath.

VIVIO apenas 34 años, pero ese lapso bastó para que su nombre quedara asociado por siempre a la poesía y a la bohemia nacionales. El mismo contribuyó a esa fama, fabricando anécdotas extravagantes en las innumerables juergas que prolongaba hasta la madrugada junto a sus amigos, en locales de "medio pelo" donde se conversaba de los últimos «ismos», entre bocanadas de humo y tragos de vino.

"Bebía, sí, bebía. Bebía para estar más agudo y recordar mejor", escribió de él Juan Uribe Echeverría.

Recordar, por ejemplo, que había nacido a bordo de una nave anclada en la ba-

hía de Valparaíso el 21 de junio del año 1900.

"En un barco... De ahí la inquietud y el incansable movimiento de mis pasos", como le gustaba repetir. Y dio los primeros entre ese puerto y Quillota, pueblo del que guardaba recuerdos bucólicos y también la imagen imborrable del asesinato de su padre, ocurrido cuando aún era niño. Desde entonces surgió en él una actitud de genuina melancolía, que nunca constituyó una simple "pose".

"Fui siempre callado y débil. Mi traza, delgaducha y pálida, siempre vestida de negro, no hallaba entre los chicos de mi edad ni un solo compañero de debilidad y de silencio".

Fue coautor del «Primer Manifiesto Agü»

Con ese aspecto se estableció en Santiago el año 1920 pero, a diferencia de sus experiencias anteriores, esa misma imagen le ganó la simpatía de otros jóvenes solitarios e inconformistas, agrupados en torno a la Federación de Estudiantes de Chile, FECh. Junto a ellos, fundó la revista «Claridad», un periódico literario donde publicaron sus primeros trabajos autores como José Santos

González Vera, Manuel Rojas, Raúl Silva Castro y Pablo Neruda. A este último, lo inició en la vida noctámbula, convirtiéndose en su mejor amigo. Deslumbrado, el autor de *Crepusculario* imitó, al igual que muchos vates de entonces, su caligrafía vehemente y su "traje oficial", compuesto de capa y sombrero alón.

Orlando Oyarrún recordaba su sorprendente imaginación, que lo impulsaba a cometer actos disparatados: dirigir el tránsito a la salida de algún bar; pasear una botella con un lazo, a la manera de un perrito, y hasta embadurnar con alquitrán a un carabinero, en la comisaría donde lo habían llevado en cierta ocasión, al pretender pagar una cuenta con medio billete.

En una breve autobiografía, el propio Rojas Jiménez escribió:

"A los veinte años, mi situación ante la vida no tenía ninguna firmeza y el porvenir no me preocupaba en lo más mínimo. De chico nunca tuve una vocación decidida por nada. Mi carácter era indeciso, débil y mi sensibilidad, hasta hoy, ha sido como de cristal".

En esos años frenéticos del «Ciclito lindo», junto a las primeras transmisiones radiofónicas y los discursos de Arturo Alessandri, llegaron a Chile los aires vanguardistas de la postguerra europea. Rojas Jiménez pronto se convirtió en un experto de las nuevas corrientes poéticas, especialmente de las francesas. Con el secundario de Zaim Guimel, publicó junto a Martín Bastero el *Primer manifiesto Agü*, pariente chileno del dadaísmo.

Y no fue un mero saludo a la distancia. Un increíble acto de generosidad, permitió al poeta conocer personalmente a Tristan Tzara y a otras figuras de las letras europeas: en 1923, el pintor Abelardo Bustamante (Paschin), becado para estudiar en París, cambió su pasaje de primera clase en barco, por dos de tercera, invitando a su compañero de bohemia. En la "ciudad luz", Rojas Jiménez conversó

Crítica

Alberto Rojas Jiménez Se Paseaba Por el Alba

Recopilación y prólogo de Oreste Plath. Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos. Centro Barros Arana, Santiago, 1994. 281 páginas.

por Hernán Poblete Varas

NACIO en Valparaíso, a bordo de un barco, el 21 de junio de 1900. Treinta y cuatro años cuando murió. Dejó tras él una montaña de anécdotas y un río de leyendas que terminaron por oscurecer su imagen verda-



El poeta, según óleo de Isidora Otezcón.

dera. Aparte de su natural condición para atraer sobre sí los más extraños avatares, era un hombre al que "le pasaban cosas". El solo hecho de nacer en un barco ya parece un símbolo de su vida trashumante.

Vuelve

Y esa noche final, en que es echado de la «Prosa del Corregidor», desprovisto de abrigo y vestón, a unas tinieblas exteriores surcadas por una furiosa lluvia de otoño. Y luego el desconocido que salta por sobre el feretro que guarda sus restos, en un posfren, batenaje poético para conjurar alguna superstición de viejo cura, todo parece el producto de una fantasía o de un millo de antiguas raíces.

Así, Alberto Rojas Jiménez se convirtió en una leyenda con ribetes pintorescos, una especie de arquetipo de la bohemia, un fantasma que surge entre los vahos alcohólicos, un tema de conversación para nocturneros dados a las evocaciones. Hasta la firma de sus dibujos (una botella y un vaso) parece el colofón de una vida dilapidada.

Poeta viajero y bohemio [artículo] Pedro Pablo Guerrero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Guerrero, Pedro Pablo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Poeta viajero y bohemio [artículo] Pedro Pablo Guerrero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile